

[LETRAS AL MARGEN]

Las aventuras del Gato

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Según mi modo de ver, la gran tradición de las novelas de aventuras al estilo de Julio Verne, Robert Louis Stevenson o Emilio Salgari es una de las pocas que se quedó sin arraigar en la literatura en lengua española, y más precisamente en la literatura hispanoamericana. No quiero decir con esto que no existan escritores que cultiven el género o que lo hayan cultivado en épocas pasadas, sino que se trata de un estilo de novela escaso entre nosotros, por lo menos hasta años recientes en las editoriales empezaron a ampliar sus espacios a quienes escriben literatura para jóvenes y niños. Sin embargo, tengo la impresión de que las verdaderas novelas de aventuras, las clásicas, aquellas que brotaron de plumas como las de Salgari, Verne y Stevenson, no fueron concebidas para jóvenes, ni con la intención de atraer lectores nóveles a la gran literatura; al contrario, sus creadores las pensaron como obras redondas, perfectamente acabadas, que contarán historias interesantes con el fin de mantener a quienes se acerquen a ellas atrapados desde la primera hasta la última página, hablándoles de otras realidades, otros mundos y situaciones en las que nunca estarán, pero que les ayudarán a comprenderse mejor a sí mismos como seres humanos.

Tengo la impresión de que esa misma fue la intención de Roberto Bardini al escribir *Un gato en el Caribe*, novela largamente madurada, cuya escritura y edición definitiva se dan, si no me equivoco, más de un cuarto de siglo después de haber puesto el autor las primeras palabras sobre el papel.

Ya desde el título, antes de entrar en la trama, *Un gato en el Caribe* nos provoca en la mente resonancias de personajes aventureros, de piratas, de seres inmersos en la violencia pero que se conducen por la vida sostenidos por un código de ética personalísimo que no tiene nada que ver con la moralidad tradicional que rige las sociedades en cualquier sitio. Y en efecto, de eso se trata, pero también de muchas cosas más.

Igual que en la mayoría de las novelas policiacas o de misterio, el relato inicia con un asesinato que detonará todas las acciones que leeremos más adelante. Sin embargo, cuando en la segunda página del libro nos damos cuenta de que la víctima del crimen no es un ser humano, sino un perro,

advertimos como lectores que estamos ante un universo, ante un sistema ético distinto del que habitamos, del que estamos acostumbrados; ante una visión irónica de la vida. El perro, de nombre Conrad –en honor, por supuesto, al gran escritor de origen polaco y lengua inglesa–, es la mascota de Bugnicourt O'Hara, aviador argentino radicado en Belice, mejor conocido como el Gato debido a que a lo largo de su existencia se ha gastado casi todas las siete vidas que la leyenda concede a su animal tutelar. Pero, ¿qué hace un argentino en Belice? Y aún más, nos preguntamos, ¿qué es en realidad Belice? ¿Por qué nunca habíamos leído una novela que transcurriera en ese país que comparte frontera con México? ¿Por qué tanto alboroto por el asesinato de un perro? Tras estas interrogantes que nos surgen en el inicio, Roberto Bardini parece tomarse su tiempo para ofrecernos las respuestas y poco a poco introducimos en un relato extraordinario.

Primero Belice: a cuentagotas, sin que lo notemos en realidad, introduce en la trama fragmentos de la historia de este pequeño país desde la época prehispánica, cuando los mayas abandonaron de manera misteriosa una de las ciudades más grandes de su imperio, situada en este territorio que después será el espacio donde culminará su existencia Gonzalo Guerrero, el español que se unió a los mayas en contra de los conquistadores y fue padre de los tres primeros mestizos del continente. Nos enteramos

EL GATO ES UN HOMBRE MADURO, CURTIDO, UN TANTO CANSADO DE LA VIDA, QUE ENCONTRÓ EN BELICE SU PARAÍSO, SU LUGAR DE REPOSO. EL REPOSO DEL GUERRERO.

también de que, siglos más tarde, fue una de las principales guaridas de los piratas del Caribe y, ya en tiempos más contemporáneos, sitio obligado de paso para el contrabando de narcóticos, de sur a norte, y de armas, de norte a sur. Un territorio peculiar, semejante al protagonista de la novela, con quien su historia está muy bien imbricada.

El Gato, ya lo señalamos, es un aviador argentino. Pero, ¿cómo llegó allí? Nacido en la Patagonia, de origen irlandés, criado en el orfanatorio donde su madre prostituta lo abandonó, ya con el oficio de aviador fue un peronista entusiasta en su Argentina natal, hasta que la caída del general Perón lo obliga a exiliarse para conseguir trabajo. Luchó al lado de los sandinistas en Nicaragua, transportó cargamentos de droga para unos judiciales mexicanos y, al final, cuando sale con vida de un brutal intento de asesinarlo, su avión cae en el mar justo frente a las costas de Belice, país que lo sedujo y donde decidió quedarse. Es, pues, un aventurero consumado. Tiene el cuerpo lleno de cicatrices y, como ya se sabe, cada cicatriz cuenta una historia distinta. El Gato es un hombre maduro, curtido, un tanto cansado de la vida, que encontró en Belice su paraíso, su lugar de reposo. El reposo del guerrero.

En Belice, el Gato, hombre sin parientes ni arraigos, encuentra además una nueva familia compuesta por Sandy Lee, su joven amante mulata, quien regentea El Templo del Arte Antiguo, un burdel con seis prostitutas de diferentes orígenes y nacionalidades que, más que prostituirse, actúan como verdaderas hetairas expertas en placeres refinados, y nos deleitan con algunas de las escenas eróticas más finas que pueden existir. La familia se completa con Calypso, un pescador de quien el Gato se ha hecho hermano de sangre, y otros personajes que conforman un grupo muy unido, armónico y perfectamente equilibrado. Por eso el Gato vive en Belice. Por eso se quedó allí y adquirió dos propiedades rurales. Por eso es que, ya mayor y a la vuelta de todo, construyó su propio paraíso y lo habita con tanta felicidad. Por eso, en fin, el asesinato de Conrad, el perro, causa tanta conmoción: porque se trata, además de la agresión en contra de la mascota, de la irrupción del caos en ese edén de lujuria y despreocupación donde toda la familia había vivido en los últimos años.

Como en los *westerns* clásicos, han llegado al pueblo unos fuereños, unos forajidos que quieren apoderarse de lo máspreciado que el héroe local posee:

su tierra, su tranquilidad, su estabilidad familiar. Son quienes han asesinado a Conrad. Lo han hecho como una manera de presionar al Gato para que les venda sus propiedades. Antes lo intentaron por las buenas, a través de la negociación. Luego, a través de amenazas cuando el Gato se negó. Como el Gato siguió negándose a vender, emplearon la fuerza y estalló la guerra.

Es entonces cuando se despliegan los hechos que hacen que identifiquemos *Un gato en el Caribe* con las novelas de aventuras. Conforme desfilan en las páginas las primeras escaramuzas, los primeros estira y afloja, nos vamos adentrando en este pequeño universo que han conformado el Gato y su “familia”. Un universo donde lo primero que destaca –ya lo hemos señalado– son las prácticas del placer, del erotismo, de la lujuria, del refinamiento sexual. Lo preside Sandy Lee, la mujer del Gato, quien además de prostituta es hechicera, hija y nieta de prostitutas hechiceras, cuyos conjuros, hechizos y rituales llegaron a Belice siglos atrás desde las llanuras africanas. Por esta razón, lo segundo que destaca en esta historia de “serenos y bandidos” es la magia: las desatadas fuerzas de los espíritus, las invocaciones, las curaciones, los sacrificios, las oraciones, que nos hacen sentir, mientras leemos, como si escucháramos los tambores de las ceremonias de los brujos y chamanes del continente negro. Erotismo y magia como elemento de unión, de cohesión, entre los “familiares” del Gato. Por ello, sin que importe cuánto poder tienen los intrusos o cuánta violencia

EROTISMO Y MAGIA COMO ELEMENTO DE UNIÓN, DE COHESIÓN, ENTRE LOS “FAMILIARES” DEL GATO.

pueden ejercer contra el protagonista y los suyos, las fuerzas siempre estarán equilibradas: porque se enfrentan a un grupo cuyos lazos de solidaridad son indestructibles gracias al erotismo y a la magia.

Igual que en las novelas de intriga internacional, en este diminuto país centroamericano confluyen poderes venidos de diferentes latitudes, cada uno con sus intereses particulares. Quienes le quieren arrebatar al Gato sus propiedades están encabezados por un multimillonario colombiano que ha hecho su fortuna principalmente en el tráfico de drogas, y en su grupo destacan un militar fascista hondureño que hizo carrera reprimiendo y torturando a los revolucionarios nicaragüenses y salvadoreños (y quien, además, ya torturó en otro tiempo al Gato, cuando este era aviador de los sandinistas) y una mujer bellísima, cruel y con un misterioso pasado. Con estos elementos, *Un gato en el Caribe* extiende sus alcances tanto geográficos como históricos. Los lectores nos topamos entonces, no sólo con la historia de Belice, sino con la de las izquierdas latinoamericanas y sus luchas revolucionarias, con el narcotráfico internacional, con el caso contrarrevolucionario de los Contras de Nicaragua y sus manejos sucios en el negocio de las armas, con espías y agentes de contraespionaje

al servicio de su Majestad Británica, con gobiernos corruptos y con varios personajes extraídos de la vida real, como el periodista argentino Rodolfo Walsh, asesinado por la dictadura argentina hace algunas décadas, quien fue amigo del Gato, con Edén Pastora, el comandante Cero de los Contras, con el historiador Pablo Montero, quienes, sumados a Gonzalo Guerrero y al pirata Peter Wallace, dan sustento histórico al relato.

Novela en la que, desde las páginas iniciales, el protagonista afirma que “no cree en los finales felices porque no existen”, *Un gato en el Caribe* está escrita con un lenguaje pulcro, sumamente trabajado, poético, podríamos decir, que línea tras línea otorga densidad psicológica a cada uno de los personajes hasta crearles una personalidad difícil de olvidar. El equilibrio que el autor consigue entre las acciones y la descripción del mundo interior de sus creaturas nos hace avanzar en la trama de emoción en emoción estableciendo la empatía necesaria para que nos identifiquemos con ellos.

Un gato en el Caribe es, así, uno de esos extraños productos literarios que vienen a llenar un hueco en nuestras lecturas. Relato de misterio, *western* al estilo clásico, historia de intriga internacional, novela negra o policiaca, narconovela, relato psicológico, relato fantástico, novela histórica o novela erótica. Roberto Bardini ha escrito todo eso, y lo ha escrito en un libro cuya mayor aventura es recorrer sus páginas, leerlo de cabo a rabo. Nadie se arrepentirá. ●